

La benemérita labor de hacer archivos

Salvador Rueda Smithers*

Cuauhtémoc Velasco Ávila (coord.), *Sujetos históricos, archivo y memoria*, México, Secretaría de Cultura / INAH, 2020, Primera edición electrónica, 347 pp.

Quisiera comenzar con una frase de Octavio Paz: “Más allá de mi salvación o de mi pérdida ultraterrena, declaro que al escribir aposté por la más frágil y preciosa facultad humana: la memoria”. Lo manifestó en *La casa de la presencia*, que es una suerte de invitación a su archivo íntimo, a la fuente de su autobiografía. Se trata de la afirmación de principio: la fuente de la escritura descansa en ese ente invisible e inevitable: *la memoria*. Es ella, la ca-

* Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, INAH.

pacidad de recordar, el subsuelo de la historia —y de la felicidad e infelicidad humanas, si apelamos a Nietzsche o a Freud.

El subsuelo de la historia, el conocimiento del hombre en el pasado. Como fuente de investigación, la memoria tiene lugares propios, sitios de custodia de las marcas del pasado; y sus funciones han sido por igual generosas que atroces: esos lugares son los archivos (y puedo sugerir que también los museos) y sirven para acercarse a la verdad tanto como para ejercer el poder como herramienta de la razón de Estado. Los archivos y la utilización de recuerdos e informes en la construcción del Estado, pero también como formas de resistencia contra la pérdida de las identidades es el centro del conjunto de dieciocho estudios que ahora se nos ofrece.

Pues no otro es el propósito de este libro, del que es autor y res-

ponsable editorial, el doctor Cuauhtémoc Velasco Ávila. Y lo hace con la misma elección de Paz, pero con la prudente aproximación —pero también con la audacia— de quien ya tiene larga y versátil trayectoria intelectual.

Libro que trata de una triada que ha flotado en los imaginarios de historiadores y antropólogos, tan espectral que no siempre miramos de frente. Es como si su guiño distrajera la seriedad académica positivista, porque pone en duda el fundamento mismo de nuestro conocimiento de los hechos históricos que buscamos explicar. No oímos las voces de los muertos, y no entendemos que tal vez en ellas esté la verdadera fuerza de la historia. Son ellos, para usar la frase de Alberto Manguel: *los ladrillos de Babel*.

Cinco apartados que entrelazan a los sujetos históricos, los vesti-

gios de su paso por el mundo y la fragilidad de la memoria. Y lo hacen desde ubicaciones que son como *rosa de los vientos*: el primer rumbo lo marcan cinco ensayos en torno al ejercicio del poder y los archivos como sus instrumentos privilegiados. El segundo, el peso de la memoria y el testimonio personal en la construcción de los sujetos históricos —en el caso de los tres ensayos que lo componen— en el México moderno. La tercera flecha apunta al archivo como sede, guardián y protagonista de la historia pensada como recuperación, y otra vez los testimonios que regresan a la proporción humana la marea de los hechos. El cuarto rumbo, los ejemplos de las memorias como dibujo de la dignidad de los individuos frente al ejercicio extremo —salvaje, hay que decirlo— del poder político y de la fuerza física y moral como antítesis del diálogo; los casos pueden ser infinitos en el tiempo del mundo, pero se seleccionó como ejemplos la memoria de la sorda guerra contra los civiles de Guatemala y las cicatrices de los detenidos en la provincia argentina de Catamarca. El último rumbo se orienta a la inmediatez geográfica de los sujetos históricos, esto es, la del espacio de la vida común, el hábitat cotidiano, que llegó a ser no menos ruda que aquella que el positivismo habría seleccionado para ser relatada, esa que no sin ironía señaló Fernand Braudel como “la historia noble”, la de los grandes nombres, las de cabezas coronadas, hombros entorchados o cuellos blancos y mentes diplomáticas.

El recuento de autores da fe de la riqueza y diversidad de la pro-

puesta de Velasco. Desfilan los textos de Diego Pulido en torno a los expedientes judiciales en las primeras cuatro décadas del siglo XX; María Magdalena Pérez Alfaro con la correspondencia insolenta del rebelde morelense Rubén Jaramillo resguardada en el archivo de su destinatario, el presidente López Mateos; Delia Salazar y Laura Beatriz Moreno descubren a los vigilados por la policía política mexicana en los archivos abiertos al comenzar el siglo XXI; Fernando Pérez Celis descubre las relaciones de poder a través de documentos del siglo XVIII, guardados en el acervo notarial de la capital del virreinato; Armando Alvarado, en el otro extremo del abanico, las tirantes relaciones de poder que se entre miran en los tonos de las memorias parlamentarias; Alma Dorantes lleva al lector a conocer a un comerciante jalisciense y sus afanes cotidianos por los márgenes de un valioso escrito testimonial; Cristina Alvizo reinterpreta las lecturas de los trabajadores tranviarios a través de los artículos publicados en dos revistas obreras militantes también en el occidente del país; Julia Preciado dibuja el enérgico perfil del controvertido jerarca católico Francisco Orozco y Jiménez; Martha Rodríguez, Gloria Carreño Alvarado, Fabiola Monroy Valverde, Guadalupe Zárate y María Teresa Fernández Aceves desvelan los disímiles repositorios de la memoria, desde los papeles de familia recopilados en la región noreste de México, los archivos privados, las fuentes devocionales queretanas, hasta la benemérita labor de hacer archivos; Anelí Villa ofrece al lector los

debates en torno a la construcción de la memoria en torno al conflicto y sus sujetos históricos en la Guatemala de la segunda mitad del siglo XX; Roxana Gutiérrez y Aníbal del Carmen Salas abren la no menos dolorosa recuperación de la memoria histórica entre los presos y perseguidos políticos en la provincia argentina de Catamarca en la década de 1970; María Isabel Estrada recupera las experiencias en una suerte de microhistoria de la memoria sobre un tema vital pero puntual: la falta de agua a finales del siglo XIX en el norte de la capital del país; y Ricardo Jarillo relata su propio trabajo de recuperación de los archivos comunitarios de la Sierra Gorda queretana.

Velasco amarra las distintas experiencias de los historiadores frente a sus archivos y a la construcción de los sujetos históricos en una suerte de *plano geográfico* de la memoria. Pero su instrumental *rosa de los vientos* resultaría inservible sin la carta de navegación que es el primer texto, de la autoría del coordinador, titulado *Memoria, Olvido y Archivo*, que comienza con el dibujo de una consigna personal que Milan Kundera pone en la espalda de uno de los personajes en los que el escritor mira y se mira. No hay inocencia en el punto de partida de Velasco: “existe una paradoja entre el querer ser de los historiadores-preservadores de la memoria y el hecho de que tanto las instituciones como los distintos sujetos sociales ejercen su derecho a recordar, olvidar u omitir cierta información: el poder controla el recuerdo, lo modela, pero otros sujetos, como poderes alternos, protopoderes o incluso los

poderes en ámbitos tan reducidos como la familia, tienden también a seleccionar y acomodar la información. Es inevitable” (p. 14), concluye sin apelación Velasco Ávila.

Pero, ¿podría ser de otra manera? La memoria humana está hecha de imágenes y palabras, pero también de elaboraciones y reelaboraciones, en las que cada persona recuerda y ajusta su papel en la historia imaginada —“semántica y episódica”—, y siempre siguiendo la regla todavía enigmática de la construcción del Yo —y también del “otro”— a través del ordenamiento de las experiencias personales. “Somos las historias que contamos”. En esta particular cara del prisma se asienta la autobiografía. Escribió Velasco que “el recuerdo expuesto con frecuencia a los interlocutores es un elemento definitivo para construir una identidad propia. La memoria es el almacén de nuestra personalidad y al exponer sus elementos estamos construyendo una imagen de ella que nos identifica al diferenciarnos de otros o asociarnos a un lugar, un medio o ciertos comportamientos” (p. 16).

Por supuesto, el alcance de este infinito universo de historias, siempre diferentes y siempre con puntos de coincidencias, tiene el límite temporal de las vidas de cada persona. Su herencia, en el mejor de los casos, sería la de algunas huellas que dan una o dos vueltas en la ronda de las generaciones hasta que el olvido las devora. Diría Jorge Luis Borges que el riesgo aun en los personajes sobresalientes es quedar amonedados en anécdotas.

Pero no son historias inservibles. Y es que no son sólo suma de

vivencias singulares simplemente diferenciadas, como los seres humanos no son la suma de individuos aislados. De hecho, las historias memoradas que han resguardado los archivos testimoniales —orales, documentales, gráficos— muestran su validez como construcciones sociales: son memorias colectivas, explica Velasco. La distinción radica en la función biológica como mecanismo de una, y la cultural en la otra. “Esa ‘memoria colectiva’ o ‘social’ no lo es en la misma forma que la memoria personal, porque ésta ocurre en el interior de nuestro sistema nervioso y la otra se refiere a la relación entre personas” (p. 17). Sólo que los recuerdos, sin un soporte documental —o digital— se convierten en fantasmas. Y su recuperación se ha hecho indispensable. Casi podría aplicarse al sentido de este estudio de Velasco la idea de Robert Darnton (traducida por Antonio Saborit) en *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*: “Exponerse al pasado altera la noción de lo que se puede conocer. Uno se enfrenta todo el tiempo con misterios: no simplemente con la ignorancia —un fenómeno familiar—, sino con la impredecible extrañeza de la vida entre los muertos” (p. 14).

La naturaleza de la memoria evocable tiene una premisa: el lenguaje. Es la palabra la que da sentidos a lo que se recuerda —y es legítimo, explica Velasco, el uso de la hermenéutica para descifrar sus interlineados—. No quiero adelantar al posible lector el tejido que se propone con las reglas que dibujó Paul Ricoeur en su “imitación del mundo”, pero es inevitable pensar en aquello que afirmara George

Steiner de que, finalmente, el mundo es una construcción verbal. El mundo... y su historia, vale agregar. La materia de los ladrillos de Babel es de palabras, como lo son las vigiliadas, los debates políticos, la escritura o los sueños.

Por supuesto, la acumulación de recuerdos es imposible... y sería ineficaz para la vida. El olvido entonces entra en juego: “...es todo aquello de lo que se debe prescindir —escribe Velasco—, en el entendido de que no podría formarse el conjunto de impulsos visuales, auditivos y sensoriales —que llamamos recuerdos— sin esa cuidadosa discriminación. En segundo lugar, en el curso de la misma idea, debe tomarse en cuenta que el continente del olvido es enorme en comparación con lo que forma parte de la memoria conservada y el recuerdo evocable” (p. 19). Memoria y olvido son partes de la misma ecuación.

Es posible que este mecanismo sea tan antiguo como el mismo ser humano, como sus funciones mnemónicas y el lenguaje estructurado y pronunciado. Las diferencias de esta mecánica serían culturales. Entonces apareció un elemento de quiebre: la escritura, tanto para narrar como para administrar. Y con ella, no sabemos cuándo pero igualmente primordial, el archivo. En sus cimientos podemos intuir el ejercicio de la autoridad —naturaleza que esencialmente no ha cambiado, aunque los rasgos históricos se hubieran desdoblado en infinidad de complejidades discursivas e instituciones que han nacido y muerto, sustituidas o reconvertidas en otras por las corrientes de la cultura y el destino de las civilizaciones.

Es en su apartado de “Colecciones de recuerdos” en los que se entra en la materia prima de los historiadores: el ejercicio del poder y la estructura de los Estados sería imposible sin los instrumentos del dominio. Las instituciones y su relación con las identidades —para promover, consignar o castigar— son el aparato fundamental de la autoridad: conocer y regular a los conglomerados sociales. De ahí, por ejemplo y creo no equivocarme, vendría el malestar en la cultura, intuido y explicado por Freud en un momento histórico de autoritarismo extremo, el del nazismo —asunto que toca por instantes las cinco puntas de la rosa de los vientos de este libro—. Los archivos —como los museos— son herramientas, extensiones de nuestro cerebro, para robar la idea a Roger Bartra.

Quisiera terminar con una cita ajena, de una investigadora que se hundió en los fondos documentales de aquellos seres marginales del siglo de las Luces francés. Arlette Farge. Y debo decir que no escribió muy distinto a lo que, más cerca-

nas a nosotros, nos explicaban a Cuauhtémoc Velasco y a los historiadores de la Dirección de Estudios Históricos, las historiadoras Alicia Olivera, Dolores Pla y Laura Espejel, quienes apostaron por los archivos testimoniales de historia oral. La cita dice: “[...] huella en bruto de vidas que de ningún modo pedían expresarse así, que están obligadas a hacerlo porque un día se vieron enfrentadas a las realidades de la policía y de la represión. [...] Expresan lo que nunca hubiese sido pronunciado de no haberse producido un acontecimiento social perturbador. [...] El archivo es una desgarradura en el tejido de los días, el bosquejo realizado de un acontecimiento inesperado”, escribió Arlette Farge en *La atracción del archivo*. Pues tal es la secreta atracción de los archivos: descubrir las voces que no tenían la voluntad de dejar su impronta; el ejercicio del poder, la administración de la justicia y el endurecimiento de los márgenes de la ley les obligó. Historias duras, como todas; contadas por los papeles de

los repositorios judiciales o en las memorias sin distinción: aparece en ellas el corazón de las tinieblas que es causante de las que Cuauhtémoc Velasco llamó “identidades dañadas”, lo mismo que mirar de cerca la voluntad de vivir y sentir el aliento fresco de la dignidad humana, no importa si se mira a Bernal Díaz del Castillo o Primo Levi, la correspondencia silenciada de Rubén Jaramillo o los oscuros sótanos morales de la policía política y las formas de la lucha contra el poder —que está en el centro del interés del coordinador editorial Velasco.

Este libro ofrece más de un ejemplo del papel polivalente de esos entes que quieren ser omniscientes: los archivos, que buscan saberlo todo, aunque tal vez, como escribió Borges, no hayan sido “un espejo del mundo, sino una cosa más agregada al mundo”. Con justeza, la lectura de los ensayos de este libro ayuda a trazar el complicado plano de *la casa de la presencia* y de sus habitantes: la memoria, el olvido, el poder y la historia.